

generalidades y nunca hechos concretos. Finalmente, en oposición á esas cartas tan tristes podemos presentar otras de hombres mejor informados, cuales eran los Provinciales, que mostraban satisfacción del estado de las provincias. Véase, para muestra, lo que dice el de Toledo: «Generalmente hablando, en la provincia hay paz y unión, y deseo de obedecer, cuidado de observancia del instituto, espíritu de penitencia, exacción en los estudios y alegría comúnmente espiritual en todos, y en los particulares, aparejo de corazón para que hagan de ellos lo que quisieren» (1).

14. El cometerse más faltas en los tiempos de San Francisco de Borja que en los primeros años de la Compañía, pudo ser, no indicio de decadencia, sino simplemente efecto del gran aumento de religiosos. En una comunidad de cien hombres, naturalmente, se han de cometer más faltas que en otra de veinte, como en una población de cien mil habitantes, forzosamente han de ocurrir más defunciones y enfermedades que en otra de veinte mil, aunque las condiciones higiénicas de la primera ciudad sean mejores que las de la segunda. En los generalatos de Laínez y Borja se triplicó, por lo menos, la Compañía en cuanto al número. Por lo que hace á nuestra Asistencia, nos consta que, pasando apenas de trescientos los jesuitas existentes en 1556 al morir San Ignacio, llegaban á mil doscientos cuando expiró San Francisco de Borja (2).

Los defectos que entonces se cometían fueron sentidos y suavemente enmendados por los superiores. Siempre ha habido y habrá más ó menos faltas y descuidos. Lo que consuela es ver la humildad y prudencia con que los Generales y otros superiores reconocían estas faltas, y la firmeza con que procuraban remediarlas.

(1) *Epist. Hisp.*, xvi, f. 167. Alcalá, 15 de Febrero de 1570.

(2) Así consta por los catálogos que mandó hacer el P. Polanco en 1573.

## CAPÍTULO VI

### PREDICACIÓN

SUMARIO: 1. Cuatro géneros de predicación usados por nuestros Padres.—2. Predicación habitual en los colegios.—3. Predicación de los misioneros por las ciudades y aldeas.—4. Los PP. Estrada, Basilio y Antonio de Madrid.—5. Los PP. Bautista Sánchez y Miguel Gobierno.—6. Entra en la Compañía el Dr. Ramírez y recorre las principales ciudades de España recogiendo fruto espiritual inmenso.—7. Dificultades de su carácter y conflictos que ocasiona.—8. Predicación á determinadas clases sociales, como á los clérigos, á los estudiantes, etc.—9. Predicación á los niños, ó sea enseñanza del catecismo. Forma que se daba á este ejercicio.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Litterae quadrimestres*.—2. *Monumenta Xaveriana*.—3. *Epistolae Hispaniae*.—4. *Regestum Lainez*.—5. *Catálogos de 1574*.—6. Ribadeneira, *Historia de la Asistencia de España*.—7. N., *Historia ms. del colegio de Valencia*.

1. Salgamos de nuestras casas, donde hemos considerado la perfección religiosa de los Nuestros, y contemplemos lo que hacían por la santificación de los prójimos. Muchos y muy variados eran los ministerios emprendidos por la Compañía para el bien de las almas. La actividad de nuestros Padres no se ceñía á determinadas obras, á tiempos y circunstancias especiales. El deseo de procurar la mayor gloria de Dios los arrojaba á todas las empresas, excluyendo solamente aquellas que no son conformes con el instituto de una Orden religiosa cualquiera, ó que han sido eliminadas en el nuestro, por ser incompatibles con otras obras más importantes. Empecemos por el ministerio más público y notorio, cual es la predicación.

Desde que nuestros primeros Padres, recién llegados á Italia, se pusieron á predicar en 1537 con el poco italiano que sabían, siempre se miró como una obra muy principal de nuestro instituto el anunciar á los fieles la palabra de Dios. Era muy diverso el modo de proponerla, según era diversa la calidad de los oyentes á quienes se dirigía el predicador. Por eso debemos distinguir varios géneros de predicación, que de un modo más ó menos regular vemos practicados en los principios de la Compañía. Ante todo debemos mencionar la predicación, que pudiéramos llamar ordinaria, de nuestras casas.

En cada colegio se procuraba tener un predicador habitual, á cuyo cargo estaban los sermones, como si dijéramos, de tabla, es decir, los que se predicaban sobre los Evangelios y fiestas del año eclesiástico. Venían después los predicadores extraordinarios, por otro nombre misioneros, que discurrían de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, removiendo la multitud con sus fervorosos sermones y arreglando las conciencias por medio de confesiones generales. Otro género de predicación era la que se hacía á determinados grupos ó clases sociales, para instruirlos en los deberes propios de su condición. Este modo de predicar era parecido á la enseñanza de los colegios, y se ejercitaba, por ejemplo, cuando un Padre daba una serie de sermones, que hoy llamaríamos conferencias, ya á los clérigos de una ciudad, ya á los escribanos de otra, aquí á los mercaderes, allí á los estudiantes, etc.

El último género de predicación, que la Compañía miró siempre con cariño especial, fué la enseñanza del catecismo. El mismo espíritu de caridad que la movió á poner colegios para educar á la juventud, la inspiró también el santo deseo de enseñar el catecismo á la niñez. Digamos brevemente lo que hacían nuestros Padres en cada uno de estos géneros oratorios.

2. El primer género, que es el de los párrocos, merecía especial atención en el siglo XVI, por el lastimoso olvido en que el clero secular había dejado la predicación. Los sermones se miraban como cosa exclusiva de frailes. El concilio de Trento puso eficaz remedio á este mal, ordenando que los párrocos enseñasen la palabra de Dios á sus feligreses los domingos y días festivos. Entretanto suplían los religiosos el defecto del clero secular, y la Compañía adoptó, como era de suponer, esta santa costumbre, distribuyendo el pan de la divina palabra en sus iglesias y en otras parroquias, adonde eran invitados nuestros Padres. Como en este tiempo pasaban ya de treinta los colegios de la Compañía en España, y estaban situados en ciudades ó pueblos muy crecidos, déjase entender que este predicar continuado y habitual, delante de auditorios numerosos, debía producir un provecho espiritual no despreciable en la población de España.

Como efecto de estos sermones vemos la frecuencia de sacramentos, que empezó á hacerse habitual en muchas personas. No tenemos datos concretos para calcular el número de confesiones que se oían ó de comuniones que se distribuían en cada colegio, porque entonces no se cuidaba tanto de llevar estas cuentas; pero, no obstante,

hemos descubierto tal cual número que nos da idea del fruto recogido con los sermones. En Valladolid, según la carta cuatrimestre de 30 de Agosto de 1564, se habían oído en los cuatro meses anteriores tres mil y quinientas confesiones (1). En Avila hubo en los cuatro últimos meses de 1563 cuatro mil trescientas ochenta y ocho confesiones (2). En los primeros cuatro meses del siguiente año las confesiones ascendieron en Avila á cinco mil doscientas sesenta y cinco (3). En esos mismos cuatro meses las confesiones oídas por los Nuestros en Salamanca fueron seis mil trescientas, de las cuales las cuatro mil quinientas fueron de estudiantes (4). Muy cortos parecerán estos números si los comparamos con lo que hoy vemos en cualquiera residencia nuestra, pero téngase presente que cuando nació la Compañía era una excepción el confesar y comulgar entre año. Íbase, pues, ganando terreno por la acción lenta pero continua de nuestros predicadores.

De vez en cuando, al tiempo de grandes concursos, predicábanse los sermones en la plaza pública, y era ordinario recoger fruto considerable de ruidosas conversiones. Para muestra presentaremos una carta sobre lo que se hacía en Toledo en 1563. «Hacen los Nuestros, dice el P. Juan Manuel, muchos sermones, no solamente en nuestro colegio y en las parroquias, mas aun en las públicas plazas, para gente que no frecuenta los templos, y tienen tanta devoción á esto, que los oficiales de una de las plazas hicieron á su costa un púlpito de madera en que el Padre predicase. Ha sido cosa esto de estas pláticas de mucha edificación, pedidas por los regidores de la ciudad y aprobadas por el Ordinario. Asisten á ellas hartas veces regidores y jurados, animando á los pobrecitos para que oigan de buena gana la palabra de Dios. Háceseles en una plaza pláticas sobre la doctrina cristiana, y en otra se declara el Evangelio de aquel día» (5).

3. Más que los sermanos ordinarios llamaba la atención del público, entonces como ahora, la predicación de los misioneros. No sabemos que en aquel tiempo estuviese el ejercicio de las misiones regularizado como ahora. Llamábase á un misionero, no precisamente para determinado número de días, sino simplemente para

(1) *Epist. Hisp.*, VI, f. 219.

(2) *Ibid.*, VI, f. 348.

(3) *Ibid.*, f. 350.

(4) *Ibid.*, f. 175.

(5) *Epist. Hisp.*, V, f. 1.

que ejercitase su celo apostólico por algún tiempo, hasta que se limpiasen las conciencias de todo el pueblo y tomase éste un aspecto más cristiano y morigerado. Muchos fueron los Padres de la primitiva Compañía que ejercitaron la predicación en esta forma. Así trabajaba en sus buenos tiempos el P. Araoz. Así San Francisco de Borja recorría como misionero ambulante los principales pueblos de Guipúzcoa y Vizcaya en los años 1551 y 52. En los tiempos de San Ignacio ninguno de nuestros Padres alcanzó dentro de España tanta fama de misionero apostólico como el P. Francisco de Estrada. Empezó la predicación ya desde novicio en Italia con un éxito asombroso. El don de la palabra que poseía estorbó notablemente á sus estudios, pues á cada paso le encargaban predicar siendo estudiante, aun antes de recibir las sagradas órdenes. Estudió en Lovaina, en París y en Coimbra, pero en ninguna parte acabó la carrera.

4. Es verdaderamente singular lo que se nos cuenta del fruto que recogió Estrada con su predicación en una romería que le mandó hacer el P. Simón Rodríguez, desde Coimbra hasta Santiago de Galicia, en 1546. Dos meses se detuvo en Oporto, predicando á cada paso delante de un auditorio que nunca bajaba de tres mil personas. Todo el mundo se conmovía con aquellos sermones. Canónigos y curas, nobles y plebeyos, pobres y ricos, todos acudían al P. Estrada para recibir instrucciones espirituales y ordenar su vida cristianamente para adelante. Hiciéronse ruidosas reconciliaciones, considerables restituciones, prestáronse gruesas limosnas á las cárceles y hospitales, en una palabra, fué aquello una saludable restauración cristiana que reformó gran parte de la ciudad. Lo que hizo en Oporto lo repitió en Braga, en Redondela y en otros pueblos de Portugal y Galicia (1).

En 1548 fué llamado á Salamanca el P. Estrada, y al éxito felicísimo de su predicación se debió en gran parte la vuelta completa que dió en favor nuestro la ciudad en la persecución de Melchor Cano. Procuraron los superiores pasear por varias ciudades de España á tan ilustre predicador, ya por el bien espiritual que producían sus sermones, ya también para dar á conocer ventajosamente á la Compañía. De 1548 á 1550 predicó en Toledo, Alcalá, Cuenca, Gandía y Valencia. Acompañó á San Francisco de Borja en su primer viaje á Roma, y habiendo hecho allí la profesión solemne, volvió á

(1) Todos estos datos los tomamos de la carta del P. Francisco Enriquez. Coimbra, 23 de Noviembre de 1546. (*Litterae quadrimestres*, t. I, p. 17.)

España en 1551. Encaminándose á Burgos, predicó de paso, con mucho fruto, en Barcelona, Zaragoza y en otras ciudades. Desde entonces, hasta que le nombraron Provincial de Aragón en 1554, residió principalmente en Burgos, y en aquella ciudad y en las tierras de Castilla la Vieja sembró la divina palabra, recogiendo copioso fruto (1). Con el cargo de Provincial comenzó á retirarse del púlpito el P. Estrada, y después de la muerte de San Ignacio ya sabemos por el capítulo anterior cuál fué su triste historia.

Cuando desaparecía Estrada de los púlpitos, mostrábase en ellos el P. Basilio. Corto fué su apostolado, reducido, como vimos, á Sevilla, Granada y otras pocas ciudades de Andalucía; pero al morir dejó un digno heredero de su fervorosa predicación en un hombre á quien con sus sermones había él mismo atraído á la Compañía. Nacido en Vejer de la Miel (Cádiz) por los años de 1520, Antonio de Madrid, después de pasar algún tiempo en el humilde oficio de pastor, encaminóse á la universidad de Alcalá, deseoso de aplicarse á los estudios. Muchas privaciones hubo de padecer á los principios por su gran pobreza y desamparo; pero al fin, su buen ingenio le abrió camino y obtuvo un puesto en el colegio trilingüe. De allí pasó á Salamanca, donde, habiendo cursado la teología y graduándose en ella de doctor, entró en el colegio de San Bartolomé. Enseñó por breve tiempo la filosofía, y también se dió algún tanto al ministerio de la predicación, pero obtuvo poco éxito en esta carrera. Trasladado á Granada con el honroso oficio de capellán del Rey, tuvo la suerte de escuchar los sermones del P. Basilio el año 1555. Al punto se sintió llamado por Dios á la Compañía.

Terribles tentaciones de pusilanimidad y de angustia interior le opuso el demonio, pero el siervo de Dios, considerando que quien le daba la vocación le daría fuerzas para seguirla, entró resueltamente religioso. Desde luego se entregó á la práctica de la virtud, sobre todo de la humildad y penitencia, con un fervor que fué necesario moderar, para que no arruinase su salud, que la tenía muy débil y quebradiza. Ya desde novicio empezó á trabajar en la predicación. «Fué cosa maravillosa y digna de notar, dice Ribadeneira, que siendo seglar predicaba, pero con tan poca gracia, que apenas había quien le quisiese oír; y en entrando en la Compañía le mudó

(1) *Ibid.*, t. II, p. 7. Pueden también consultarse sobre la predicación de Estrada otras cartas cuatrimestres, fáciles de hallar con sólo mirar el nombre *Estrada* en el índice onomástico de dichos tomos.

Dios en otro hombre, y le vistió de un espíritu y don tan singular, que todos acudían á porfía á oírle» (1).

La elocuencia del P. Antonio de Madrid, según nos la describen las cartas de entonces, era tierna y afectuosa. El solo aspecto humilde y penitente del predicador le ganaba las voluntades, y las dulces lágrimas que predicando solía derramar, ablandaban los corazones más obstinados. Véase cómo caracterizaba el P. Andrés Capilla la elocuencia de este santo varón mientras ejercitaba su ministerio en Alcalá en 1558: «Es mucho lo que agrada el P. Doctor Madrid en sus sermones. Porque allende de ser manifiesta á todos la bondad de su vida y su doctrina, porque estudió algún tiempo aquí, hale dado tanta ternura de corazón el Señor, que pocas son las veces, ni aun lo puedo decir de alguna, en que no tenga mucha abundancia de lágrimas en sus sermones, lo que no es de poca fuerza para los españoles, los cuales no quieren ser llevados con rigurosidad ni con braveza de palabras, mas con blandura y suavidad» (2).

En 1557 trabajó el P. Madrid en Salamanca, donde, además de convertir á insignes pecadores, logró otro fruto muy precioso, cual fué mover á muchos estudiantes de la universidad á abrazar la vida religiosa. Entonces fué cuando el P. Alonso Rodríguez, el P. Juan Bonifacio, el P. Francisco de Toledo y otros ilustres jóvenes, se determinaron á entrar en la Compañía. Á principios de 1558 encontramos al P. Madrid en Alcalá, y en el carnaval de aquel año consiguió un triunfo oratorio cual pocas veces se habrá visto.

Considerando los innumerables pecados que en aquellos días se cometen contra Dios, quiso hacer un esfuerzo para vencer al demonio, precisamente donde él suele triunfar más sin estorbo. Habló con el corregidor de Alcalá, y le rogó que obligase á las mujeres públicas á oír un sermón que les quería dirigir. Accedió el corregidor, y habiendo convenido ambos en el modo de disponer el acto, el martes de carnaval, el P. Madrid, acompañado de otro Padre, se puso delante de la casa pública. El corregidor mandó á todas las mujeres salir á la puerta á oír el sermón. Ya que las tuvo delante el orador, les preguntó, qué hacían en aquella vida tan arrastrada que llevaban. Luego, más con lágrimas que con palabras, empezó á suplicarles por la sangre de Jesucristo, por el bien de sus almas que se perdían, por la caridad del pueblo, á quien escandalizaban, que se apartasen de

(1) *Hist. de la Asist. de España*, l. IV, c. 6.

(2) *Epist. Hisp.*, I, p. 336.

aquella desastrosa vida. Un cuarto de hora, no más, duró aquel vehemente razonamiento, que tuvo de súplica, de invectiva, de exhortación, de todo. El efecto de este ímpetu oratorio fué admirable. Todas las mujeres se conmovieron de lo íntimo del corazón, todas rompieron á llorar, y cuando el Padre se retiró, todas le siguieron á la iglesia, donde hicieron confesión general de sus pecados. Refiriendo este triunfo al P. Laínez, exclama el P. Castañeda, morador entonces del colegio de Alcalá: «Ha sido cosa de gran edificación en el pueblo, por ser en tal día, y por no haberse visto cosa semejante. Gloria sea al Señor por todo» (1).

Con este fervoroso celo ejercitó la predicación el P. Madrid en Sevilla, en Córdoba, en Valladolid y en algunas otras poblaciones importantes del centro de España. Á fines de 1561 le vemos otra vez en Alcalá. Quiso predicar en el adviento, pero no le fué posible por sus achaques, y, principalmente, por los graves dolores que padecía en el pecho (2). Acercándose la cuaresma de 1562, preparóse nuestro misionero para volver con nuevos bríos á la batalla. En los días de carnaval dispuso con el P. Manuel López, rector entonces de nuestro colegio, un género de predicación colectiva que ahora nos parece impracticable, pero que en aquellos tiempos de fe tan viva y robusta produjo excelente resultado. Á una hora determinada, veinticuatro Padres y Hermanos salieron de nuestro colegio de Alcalá. Los Hermanos, dividiéndose en varios grupos, empezaron á recorrer las calles, cantando la doctrina cristiana, convidando á los niños, y con ellos á la gente mayor, á escuchar la palabra divina. Los Padres se fueron á colocar en las plazas y enrucijadas más concurridas de la villa. Cuando las procesiones reunidas por los Hermanos llegaron á los puntos estratégicos que se habían escogido, los Padres, casi al mismo tiempo, dirigieron una fervorosa exhortación al pueblo, recordándole sus deberes de cristiano y animándole á no profanar aquellos días con los pecados y abominaciones que entonces se suelen cometer.

El efecto de esta batería espiritual fué excelente. Véase cómo lo anuncia el P. José de Acosta en la carta cuatrimestre que luego escribió al P. Laínez: «Demás de la edificación que el pueblo recibió

(1) *Ibid.*, I, p. 334. Pueden verse también las cuatrimestres, y otras cartas escritas en Alcalá el año 1558, donde se completan los datos que suministra el P. Castañeda.

(2) *Ibid.*, IV, p. 162.

en ver su buen celo, se veía claramente que la gente se retiraba y dejaba aquellas vanidades [del carnaval], y salían del sermón diciendo, que más de tres pares de pecados que tenían ya pensados dejaban, por lo que habían oído á aquellos Padres. Á uno de los nuestros, señaladamente, favoreció el Señor, al cual, habiendo cabido el lugar que siempre es cueva de maldades, y mucho más en semejantes días, fueron sus lágrimas tantas, y sus palabras tan llenas de sentimiento, que tres mujeres derramadas, las cuales solas se habían querido llegar á oír, con gran moción interior se convirtieron luego, y llorando le pidieron las remediase y sacase de su mal estado, siguiéndole hasta nuestra iglesia, y pidiendo después limosna dos Padres, se hizo de manera que aquellas pobres almas se remediase» (1).

Suponemos que este predicador, á quien Acosta no nombra, sería el P. Antonio de Madrid, que repitió ahora lo que con éxito tan feliz había hecho cuatro años antes. Habiendo empezado los trabajos cuaresmales con un acto tan edificante, continuó el P. Madrid predicando en la iglesia de San Ildefonso, delante de un concurso crecidísimo, sobre todo de estudiantes universitarios. Este hecho se explica por una distinción verdaderamente honrosa que se dispensó á nuestro orador, y fué que el rector de la universidad mandó que no hubiese ninguna clase á la hora en que había de predicar el P. Madrid, para que todos, maestros y discípulos, pudieran aprovecharse de tan fervorosos sermones (2).

Á todo esto, las enfermedades iban minando cada vez más la salud de nuestro predicador. «El postrer año, dice Ribadeneira, que predicó en Alcalá, andaba tan flaco y deshecho, que bastaba verle en el púlpito para enternecerse y llorar, especialmente viendo las muchas lágrimas que él despedía de sus ojos y el espíritu y vehemencia con que encarecía la fealdad y daños del pecado mortal, y que al mejor tiempo, de cansado y desalentado se dejaba caer en el púlpito, sin poder predicar más de media hora» (3). Cayendo y levantando con tan graves dolencias, pasó todo el año 1562. El día primero del año 1563, predicó fervorosamente sobre el misterio de la Circuncisión, y este esfuerzo, desmedido para tan flaco sujeto, le ocasionó la muerte. Del púlpito le hubieron de llevar á la cama, donde le cargó una fuerte calentura. Llamado para curarle el Dr. Vallés, reconoció

(1) *Ibid.*, p. 167.

(2) *Ibid.*

(3) *Hist. de la Asist. de España.*, l. IV, c. 6.

al instante que el mal no tenía remedio. Avisado de su peligro el P. Madrid, aceptó la muerte con alegría de corazón, preparóse devotísimamente para el supremo trance, y asistido por el P. Valderrábano, Provincial de Toledo, y por el P. Manuel López, rector del colegio de Alcalá, expiró el 4 de Enero de 1563. Sólo tenía cuarenta y tres años de edad y siete de religión.

5. Más tiempo vivió el P. Bautista Sánchez, y más extenso fué el efecto producido por sus sermones. En Sevilla, en Granada, en Medina, en Valencia y en otras muchas ciudades, conmovía profundamente á los pueblos con su predicación, un poco terrible y tal vez exagerada en las ideas, pero siempre fervorosa y eficaz. No se limitaba el fruto de sus sermones á la conversión de los pecadores. Exhortaba á menudo y con insistencia á las obras de caridad, y no pocas veces sucedía que, bajando del púlpito el predicador, iba acompañado de canónigos y señores principales á servir á los enfermos en el hospital.

Es curioso el caso que sucedió en Granada el año 1560. Visitando el P. Bautista un hospital, vió á cierto enfermo muy mal asistido y con las ropas llenas de sangre. Subió luego al púlpito, y habiendo encarecido el mérito de la caridad cristiana, y demostrado lo que padecían los pobres de Jesucristo, amplificando esta idea de que Jesucristo está representado en los pobres, terminó con este grito: «Ea, hermanos: ¿quién viste á Jesucristo desnudo en sus pobres?» Al punto se levantó un clérigo y arrojó el manteo de los hombros al púlpito, de limosna, y tras él echaron al púlpito las capas, los sayos, las gorras de seda y sombreros, y las mujeres sayas y tocas con puntas de oro, los anillos de las manos y los zarcillos de las orejas, y todos daban lo que más podían con mucha priesa y fervor, y con tantas lágrimas y suspiros, que herían el aire y el cielo. El día siguiente otras muchas personas particulares enviaron mucha ropa blanca de lienzo, sábanas, camisas, colchones y frazadas, con otros regalos de enfermos (1).

No fué esta generosidad un arranque de fervor pasajero. Los días siguientes al sermón iba la gente principal de Granada al hospital de Juan, para servir personalmente á los pobres enfermos. Con muestras de visible asombro describe el P. Navarro lo que por aque-

(1) Ribadeneira, *Hist. de la Asist.*, l. 6, c. 4. Esto está tomado de una carta del P. Navarro, escrita en Granada el 29 de Junio de 1560. Pasó en el hospital llamado de Juan.